

Presentación

Vladimir de Semir

25 años de periodismo científico (1982-2007)

El 10 de octubre de 1982, el diario La Vanguardia insertaba por primera vez cuatro páginas monográficas dedicadas a la divulgación de las ciencias y de la medicina. Estas páginas, que se convirtieron en semanales, fueron las precursoras de diversos suplementos de Ciencias, Tecnología, Medicina y Salud que este periódico publicó durante 15 años bajo diversos formatos, hasta el 19 de julio de 1997. Esta etapa puede ser considerada como la impulsora de buena parte del periodismo científico contemporáneo en España y se ha convertido en una referencia obligada en la historia de esta especialidad informativa y divulgativa. El periodista Vladimir de Semir fue el alma de todos estos proyectos, que trascendieron la propia publicación y que fueron la semilla de otras importantes iniciativas vinculadas con el periodismo científico y la divulgación científica en el mundo académico y el ámbito político. Ésta es la historia de 25 años de fecunda labor en el impulso de la relación entre ciencia, cultura y sociedad.

Un cambio, un refuerzo, una idea

A principios de los años ochenta, *La Vanguardia* inició un proceso de modernización de su sistema de producción en paralelo a un cambio generacional en diferentes ámbitos de la empresa, incluida el área periodística. El corresponsal en Estados Unidos, Lluís Foix, se reincorporó a la redacción, primero como director adjunto del histórico Horacio Sáenz Guerrero, que había liderado *La Vanguardia* en la transición política, y luego como director hasta que se formó un nuevo equipo periodístico en torno a Francesc Noy. Foix era buen conocedor de la evolución de *The New York Times* y este hecho fue determinante para la creación de una sección semanal de Ciencia en forma de suplemento, análogo en su filosofía al que había nacido cuatro años antes en el diario neoyorkino de referencia mundial.

En el caso de *La Vanguardia* intervinieron no sólo razones estrictamente de estrategia informativa y adaptación a las nuevas áreas de interés potencial de los lectores, sino asimismo otros factores estructurales. Inmersa en una auténtica revolución tecnológica con el paso prácticamente directo de las viejas linotipias de plomo a la incorporación de un proceso informatizado basado en el sistema Atex norteamericano, en el

año 1981 se había creado una comisión responsable de la reconversión tecnológica en la que estaban representados todos los departamentos de la empresa. La realidad es que cuando empezó este proceso en quienes menos se pensó fue en los periodistas, ya que se vaticinó –luego se demostró que éste era un planteamiento erróneo– que la Redacción del diario se mostraría reacia a cambiar sus tradicionales sistemas de trabajo, y se preveía que sólo a muy largo plazo los periodistas estarían dispuestos a incorporarse al mundo del ordenador. En realidad, con esta primera etapa de reconversión se estaba pensando más en el taller y en la sección de publicidad (especialmente en los anuncios por palabras). De todos modos, la empresa y la dirección del diario decidieron incorporar a la comisión de reconversión tecnológica a un periodista, Vladimir de Semir, que se consideró adecuado para participar activamente en este proceso de profundo cambio en la empresa por su formación previa –había estudiado matemáticas–, su conocimiento de varias lenguas clave para la formación que se debía realizar en Alemania y sobre todo en Estados Unidos, y su disponibilidad personal a afrontar nuevos retos profesionales, ya que como ha demostrado en estos 25 años, Vladimir de Semir siempre ha estado dis-

puesto a abordar nuevas iniciativas y correr los riesgos que supone innovar y acometer retos profesionales.

Vladimir de Semir se había vinculado a *La Vanguardia* en 1975 como corresponsal comarcal de Sant Cugat del Vallès, para ser un año más tarde auxiliar de Redacción en la sección de Regional e incorporarse de esta forma en mayo de 1976 profesionalmente a la Redacción de *La Vanguardia*. En el momento de plantearse la reconversión tecnológica del diario, Vladimir de Semir ya había dado un segundo salto profesional y formaba parte, con la categoría de redactor, de la sección de Política Catalana que dirigía la periodista Margarita Sáenz Diez desde la transición política española.

1981 fue también el año en que se fundó el Museo de la Ciencia de la Fundación La Caixa de Barcelona, al que se incorporó rápidamente el físico Jorge Wagensberg como conspicuo director. Wagensberg y De Semir habían sido compañeros desde el parvulario hasta el bachillerato elemental en la Escuela Suiza de Barcelona, se veían con cierta regularidad y precisamente con motivo de la creación del Museo de la Ciencia Wagensberg sugirió a De Semir, durante una comida, que “*La Vanguardia* debería prestar especial atención a la divulgación científica, es un tema que interesa mucho a los ciudadanos... ¿Por qué no propones la creación de una sección de Ciencia?” Esta reflexión se trasladó a las conversaciones entre Foix y De Semir en plena fase de reconversión y modernización del diario. De Semir estaba inmerso en el proceso de adaptación tecnológica de la empresa y había manifestado que a pesar de estar dispuesto a participar en ese proceso no deseaba desconectarse completamente de su actividad como periodista.

Además hubo otro factor realmente decisivo en la creación del suplemento de Ciencia del diario. En aquella época, la edición dominical no podía absorber toda la demanda publicitaria que esperaba –previo pago, claro– ser insertada en las páginas de *La Vanguardia*. La única solución posible era crear un cuadernillo adicional para el domingo. El diario era en aquella época fasciculado, formado por dos, tres o más cuadernos independientes que permitían una agrupación de las diferentes secciones mucho más funcional y

atractiva que la actual. El cuadernillo que se proponía se debía poder cerrar el jueves y ser impreso con antelación para que no entorpeciera el proceso de producción del diario durante el sábado en los talleres ante la importante oferta informativa y publicitaria que realizaba *La Vanguardia* todos los domingos.

La idea toma cuerpo

La conjunción de estos factores condujo a la decisión del responsable de la Redacción en aquellos momentos, Lluís Foix, a crear unas páginas dominicales dedicadas a las ciencias, que incorporaran la tradicional página de medicina que el doctor Lluís Daufí realizaba desde hacía más de diez años y que por su contenido podían ser ligeramente intemporales. Así nació, el 10 de octubre de 1982, el primer suplemento de *Ciencia de La Vanguardia*. Jorge Wagensberg fue su primer colaborador externo y el aspecto más relevante es que por primera vez en la historia del diario este espacio informativo era dirigido por un periodista que formaba parte de la Redacción y no por un científico o médico que colaboraba como divulgador científico externo. Había nacido así, por primera vez, una sección especializada en periodismo científico. De todos modos, desde un principio la filosofía de este suplemento fue la de que colaboraran estrechamente periodistas, científicos y médicos para complementar criterios de rigor, amenidad y actualidad.

Al ser nombrado Francesc Noy director de *La Vanguardia*, el 23 de septiembre de 1983, Vladimir de Semir accedió al nuevo cargo de subdirector de Edición, desde el que se coordinaba toda la producción de la Redacción y su relación con los talleres, pero siguió manteniendo directamente la responsabilidad de la elaboración semanal de las páginas monográficas de *Ciencia y Medicina*, que ya se habían consolidado como una oferta informativa más de *La Vanguardia*.

Estas páginas dominicales tuvieron una amplia repercusión entre el mundo científico de Cataluña y España, ya que por primera vez científicos y científicas de las universidades y centros

de investigación de toda España podían colaborar de forma amplia con sus artículos. Las tres o cuatro páginas de los primeros tiempos fueron evolucionando en función de la publicidad que se debía insertar y llegaron a convertirse en alguna ocasión en 24 páginas, saltando también a la portada de huecograbado color del correspondiente cuaderno e incorporando a un ilustrador gráfico de gran impacto y creatividad por su capacidad de síntesis de los temas científicos, Fernando Krahn, cuyas aportaciones fueron decisivas para hacer más atractiva la sección. Todo esto, unido a que se publicaba el día de mayor difusión del diario, convirtieron a este suplemento más o menos desestructurado –dependía siempre de la publicidad que debía absorber– en muy popular entre los lectores, y demostró que una oferta informativa completamente nueva de calidad y mantenida domingo tras domingo acababa creando una demanda entre el público. En 1986, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) instauró un premio estatal de Periodismo Científico que en su primera edición fue otorgado a *La Vanguardia* por su oferta semanal de páginas especializadas en ciencias y medicina.

En noviembre de 1987, al ser nombrado director Juan Tapia, Vladimir de Semir se convierte en coordinador de Ciencia y Suplementos de *La Vanguardia*, adquiriendo así la temática científica por primera vez rango de sección propia en un diario español. El nuevo director completó la segunda etapa de reconversión tecnológica del diario, que se había iniciado con el equipo anterior, y en el año 1988, cuando se estaba decidiendo cómo sería el nuevo diario resultante, una encuesta interna de la empresa entre los lectores y suscriptores reveló que la sección de Ciencia era una de las más apreciadas por el público fiel al diario. La oferta mantenida consolidaba una demanda por parte del público lector.

Nace Ciencia y Tecnología

Esta segunda etapa del cambio tecnológico de *La Vanguardia* implicó la compra de una nueva rotativa que podía imprimir también en color y se procedió al rediseño del diario, para lo que se

contrató a uno de los expertos mundiales más conocidos: Milton Glaser, el norteamericano “inventor” del I♥NY. Glaser y su equipo prepararon la nueva maqueta de *La Vanguardia* e introdujeron el concepto que había significado en su día la recuperación espectacular de las ventas del *Times* de Nueva York en los años 70 tras una seria crisis de lectores: dotar al diario de un suplemento diferente cada día de la semana para segmentar una nueva oferta informativa con el fin de atraer y fidelizar nuevo público potencial. Así se creó, el 14 de noviembre de 1978, el suplemento *Science Times*, y así nacieron aquellas cuatro precursoras páginas de 1982 que se convirtieron en el embrión del nuevo suplemento *Ciencia y Tecnología* de *La Vanguardia* que empezó a publicarse los sábados a partir del 7 de octubre de 1989.

La decisión de la empresa fue que *Ciencia y Tecnología* se convirtiera en el suplemento estrella, junto al *Magazine* dominical, para consolidar y si era posible aumentar las ventas de los sábados, segundo día en audiencia del diario. En aquella época, los grupos editores de diarios competían por mejorar y ampliar al máximo su oferta de contenidos, estrategia en que se basaba la búsqueda de nuevos lectores y la fidelización de los existentes ante nuevas competencias.

El suplemento *Ciencia y Tecnología* tenía el formato de cuaderno o revista independiente –otros iban en el cuerpo general del diario– a todo color, con 16 páginas. Como resultado de esta introducción de un nuevo diseño y oferta de suplementos diarios también se creó *Salud y Calidad de Vida*, que se comenzó a publicar el 4 de octubre de 1989 todos los miércoles en las páginas interiores y centrales del diario (la nueva rotativa implicó que *La Vanguardia* perdiese su característica de fasciculada), con un total de ocho páginas.

Posteriormente, el 7 de septiembre de 1990, dado el éxito que había alcanzado el suplemento *Ciencia y Tecnología*, se decidió que el otro suplemento –que pasó a llamarse *Medicina y Calidad de Vida*– también fuera a todo color, pasara de las ocho páginas iniciales a un total de doce y se ofreciera al lector como un cuaderno individual encartado en el diario, igual que en el

caso previo de *Ciencia*. El responsable de su contenido era el doctor Antonio Salgado, que se había incorporado como colaborador de Lluís Dauí el 31 de octubre de 1982, en la primera etapa de las páginas monográficas semanales de *Ciencia y Medicina*, hasta que en 1987 se hizo cargo del área médica siguiendo la larga tradición de médicos colaboradores de *La Vanguardia*, siempre bajo la supervisión de Vladimir de Semir como responsable máximo de estas páginas.

Esta oferta de dos suplementos en forma de revista se mantuvo hasta que el 4 de marzo de 1995 se fusionaron en forma de una revista que pasó a llamarse *Ciencia y Vida*, que se encartaba con el diario todos los sábados. Su vida fue relativamente corta, ya que sólo perduró hasta el 24 de febrero de 1996, fecha en que pasó a editarse de nuevo en el diario con el nombre *Ciencia y Salud*, perdiendo buena parte de sus características (un papel especial y a todo color). El responsable de su edición en esta última época fue el periodista científico Lluís Reales, que se había formado en el equipo de suplementos que dirigió Vladimir de Semir desde 1987 hasta 1996. De Semir siguió colaborando con sus habituales artículos semanales, pero ya estaba implicado desde principios del año 1996 en nuevos proyectos editoriales del Grupo Godó, como fue el lanzamiento y la dirección del diario popular *Eco 24 horas* –diario que debe ser considerado como un precursor de la actual amplia oferta de diarios gratuitos– y la posterior creación del Departamento de Revistas del Grupo Godó.

Las razones de estos cambios, a pesar del éxito y la audiencia que la ciencia y la medicina tenían entre los lectores, se debieron a nuevos criterios empresariales aparecidos en el Grupo Godó en la segunda parte de los años 1990, y al gradual encarecimiento del papel prensa que aconsejó recortes presupuestarios. Finalmente, el 19 de julio de 1997 el suplemento *Ciencia y Salud* dejó de editarse sin que los lectores recibieran explicación alguna.¹ Tres años después, el defensor del

lector de *La Vanguardia* todavía recibía cartas de los lectores preguntando sobre el suplemento *Ciencia* y las razones de su no publicación.²

A partir de la fecha de desaparición del suplemento y hasta hoy, toda la temática científica y médica se trata fundamentalmente en la sección diaria de *Sociedad*, siendo el responsable de esta información científica el periodista Josep Corbella, también formado en el suplemento *Ciencia y Tecnología*, mientras la periodista Marta Ricart aborda principalmente los temas específicos de política científica y sanitaria.

La labor académica de Vladimir de Semir

Hasta aquí la historia de casi 15 años de continuada labor divulgativa de Vladimir de Semir en *La Vanguardia* en el campo del periodismo científico. Una etapa fecunda en la interacción de ciencia y periodismo, y que al mismo tiempo se convirtió en una escuela práctica de divulgación científica, tanto para los muchos científicos que pasaron por sus páginas como para los jóvenes periodistas que se formaron en el suplemento científico de *La Vanguardia*. De hecho, esta escuela *de facto* en el diario tuvo su traslación al campo académico cuando se crearon, en 1992, los Estudios de Periodismo de la entonces naciente Universidad Pompeu Fabra.

La estrecha y larga relación que el equipo de periodistas y de científicos mantuvieron durante estos años en torno a los suplementos de *Ciencias y Medicina* comportó que surgiera una continuada reflexión en su seno sobre cómo mejorar tanto la información como la propia divulgación científica. Buena prueba de ello fue la convocatoria, en mayo de 1990, de un importante simposio internacional sobre periodismo científico en Barcelona, que se celebró en el Colegio de Periodistas y que fue el resultado de la iniciativa conjunta de Sergi Erill, director de la Fundación Dr. Antonio Esteve, y Vladimir de Semir.³

¹ Todos los suplementos sabatinos de *Ciencia y Tecnología* desde 1989 están disponibles en el archivo de *La Vanguardia* (www.lavanguardia.es), y los ejemplares de la última etapa de *Ciencia y Salud*, desde febrero de 1996 a julio de 1997, pueden ser consultados también *on line* en www.ciencia.vanguardia.es

² El 24 de abril de 1993, el suplemento *Ciencia y Tecnología* publicó una encuesta entre sus lectores que demostró el alto grado de fidelización que se había establecido

³ www.esteve.org/FEsteve/content/publicaciones/1075713961.07/pub.pdf

Producto de esta inquietud por mejorar y consolidar el periodismo científico, y en general la divulgación de las ciencias, fue también la creación en 1990 de la Asociación Catalana de Periodismo Científico, convirtiéndose Vladimir de Semir en su presidente-fundador. La entidad prosigue hoy su labor rebautizada como Asociación Catalana de Comunicación Científica, la preside la bióloga Mercè Piqueras y está integrada en la *World Federation of Science Journalists*.⁴

En 1992, el periodista Josep Maria Casasús fundó los Estudios de Periodismo de la Universidad Pompeu Fabra, de los que fue primer decano. Casasús estaba vinculado al Grupo Godó y fue miembro del Equipo de Dirección de Francesc Noy junto a Vladimir de Semir. Buen conocedor, por una parte, de las tendencias mundiales del periodismo, y por otra de la labor de impulso del periodismo científico que se realizaba en su propio periódico, Casasús propuso a Vladimir de Semir que se incorporara a la universidad como Profesor Asociado de Periodismo Científico, asignatura que comenzó a impartir en el curso 1993-1994. Por tanto, desde 1993, Vladimir de Semir complementó su trabajo como periodista científico en *La Vanguardia* con la enseñanza de esta materia en la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona, actividad académica que mantuvo cuando se hizo cargo de la dirección del diario *Eco 24 horas* en 1996 y posteriormente al ser nombrado Director Editorial del Departamento de Revistas del Grupo Godó, en 1997.

La experiencia acumulada en el área de ciencia y medicina de *La Vanguardia*, y la estrecha relación con el mundo de la investigación científica, hicieron que fructificasen rápidamente otras singulares iniciativas en el mundo académico. En el curso 1994-1995 se puso en marcha un Máster en Comunicación Científica, Médica y Mediambiental en el Instituto de Educación Continua de la Universidad Pompeu Fabra,⁵ dirigido por Vladimir de Semir, que contó desde el

principio con una importante ayuda en forma de becas de la empresa Sandoz (hoy Novartis). Un máster que se ha consolidado internacionalmente, que ha sido la base de otros cursos y seminarios especializados, y que ha valido a Vladimir de Semir un reconocimiento internacional y su integración en el *European Network of Science Communication Teachers*, que lidera Steve Miller del *University College de Londres*.⁶

En 1994, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas volvió a galardonar –esta vez de forma nominal– a Vladimir de Semir con el Premio CSIC de Periodismo Científico «por su extraordinaria labor realizada durante 1993 y años anteriores al frente de los suplementos de *Ciencia y Tecnología* y de *Medicina y Calidad de Vida* del periódico *La Vanguardia*, así como por su contribución a la formación de periodistas científicos en la Universidad Pompeu Fabra y sus actividades relacionadas con el estímulo de la cultura científica».

También por iniciativa de Vladimir de Semir, y con el decisivo apoyo de la Dirección de Investigación de la Generalitat de Catalunya que dirigía el bioquímico Joan Albaigés, en noviembre de 1994 fue creado el Observatorio de la Comunicación Científica (OCC)⁷ en la Universidad Pompeu Fabra, un centro especial de investigación para el análisis y el estudio de la transmisión del conocimiento científico a la sociedad. El OCC se ha convertido en estos años en una referencia, entre otras muchas cosas, por la publicación de la revista *Quark (Ciencia, Medicina, Comunicación y Cultura)*⁸ y la elaboración anual del *Informe Quiral (Medicina, Comunicación y Sociedad)* patrocinado por la Fundación Privada Vila Casas, un informe sobre el tratamiento informativo de la medicina y la salud en los cinco diarios de mayor difusión de España, que ya ha llegado a su décima edición.⁹ El OCC ha actuado también en todos estos años como eficaz incubadora para la inserción laboral de muchos profesionales en el mundo de la comunicación científica.

⁴ www.accc.cat

⁵ www.idec.upf.edu/ca/seccions/oferta_formativa/masters_programes/curs/curs.php?curs=004534

⁶ www.esconet.org

⁷ www.upf.edu/occ

⁸ www.prbb.org/quark

⁹ www.fundacionvilacasas.org

En 1999 Vladimir de Semir dio un nuevo salto importante en su trayectoria profesional al ser invitado por Joan Clos, alcalde de Barcelona, a integrarse en calidad de independiente en la lista electoral del Partit dels Socialistes de Catalunya en las elecciones municipales, convirtiéndose en junio de 1999 en Concejal de Ciudad del Conocimiento en el Ayuntamiento de Barcelona. La propuesta del alcalde Clos suponía la creación de una nueva área de actuación destinada a impulsar transversalmente la adaptación de la ciudad a la sociedad del conocimiento.

Cabe señalar que esta importante iniciativa política relacionada con el conocimiento y la cultura científica impulsada por el alcalde Joan Clos había tenido un precedente –de otra índole, pero sin duda relevante– cuando la Consejería de Cultura de la Generalitat de Catalunya, que dirigía Joan Guitart, creó en julio de 1989 una Comisión para el Estímulo de la Cultura Científica, que tuvo durante buena parte de la década de 1990 una activa presencia en la sensibilización ciudadana en torno a la ciencia en la sociedad. Vladimir de Semir fue uno de los integrantes de esta comisión.

Durante el mandato 1999-2003 se pusieron en marcha, entre otros, el proyecto urbanístico del 22@ para la transformación de la zona industrial del distrito de Pueblo Nuevo de Barcelona, se sentaron las bases para la creación del Parque de Investigación Biomédica de Barcelona y del Campus Universitario de Levante, y la organización del Fórum de las Culturas 2004. Vladimir de Semir colaboró estrechamente en todos estos proyectos, siempre en el contexto de dar máxima visibilidad al mundo universitario y proyectar Barcelona como ciudad de ciencias. Por primera vez en la historia, el pleno municipal de Barcelona abordó medidas de gobierno destinadas a consolidar el fomento de las ciencias en la sociedad, a colaborar con la Comisión Europea en su Plan de Acción Ciencia y Sociedad, y se realizó un

amplio programa de divulgación y “agitación” científicas desde el Gobierno municipal. En el siguiente mandato, 2003-2007, Vladimir de Semir siguió con este proyecto en calidad de Comisionado de la Alcaldía para la Difusión y Promoción de la Cultura Científica, adscrito al Instituto de Cultura de Barcelona. En este instituto municipal ha consolidado una línea específica de diseminación de la cultura científica, “Barcelona Ciencia”, integrándola en el Plan Estratégico de Cultura de Barcelona,¹⁰ cuya primera acción relevante ha sido declarar 2007 como Año de la Ciencia en Barcelona.¹¹

Durante estos últimos ocho años, de 1999 a 2007, Vladimir de Semir ha seguido con su actividad académica compatibilizándola con la acción política –que le ha obligado a una excelencia forzosa de *La Vanguardia*– y su proyección internacional. Así, en el año 2001, la Comisión Europea invitó a Vladimir de Semir a incorporarse a una comisión de expertos dentro del programa europeo Ciencia y Sociedad, fruto de la cual fueron, entre otros, el informe *Benchmarking the Promotion of RTD culture and Public Understanding of Science*¹² (julio de 2002) y la organización en Bruselas del simposio internacional *Science in Society Forum (marzo de 2005)*¹³, en el cual Vladimir de Semir presentó en sesión plenaria la ponencia *Popularisation of Sciences: A Crucial Political Issue*.¹⁴ Otros hitos importantes en este período han sido la organización del diálogo “Conocimiento científico y diversidad cultural” en el marco del Fórum de las Culturas 2004;¹⁵ la designación de 2004 a 2006 de Vladimir de Semir como presidente de la red mundial *Public Communication of Science & Technology* –máxima organización internacional relacionada con la comunicación pública de las ciencias representada en los cinco continentes–, de la que sigue siendo miembro de su comisión ejecutiva; la creación del primer nodo de la *PCST-Academy* en Barcelona, que se responsa-

¹⁰www.bcn.es/plaestrategicdecultura/castella/index.html

¹¹www.bcn.cat/ciencia2007

¹²http://www.bcn.es/plaestrategicdecultura/pdf/Taula_Ciencia_EXpertReport.pdf

¹³http://ec.europa.eu/research/conferences/2005/forum2005/index_en.htm

¹⁴http://ec.europa.eu/research/conferences/2005/forum2005/docs/progr_desemir_text_en.pdf

¹⁵www.barcelona2004.org/esp/banco_del_conocimiento/dialogos/ficha.cfm?IdEvento=153

biliza de recoger el fondo documental internacional sobre percepción y comunicación públicas de las ciencias;¹⁶ y la integración de Vladimir de Semir en el Comité Consultativo de Deontología y Ética del Instituto Francés de Investigación para el Desarrollo (IRD).¹⁷

El 10 de octubre de 2007, exactamente veinticinco años después de aquella primera y pionera publicación en *La Vanguardia*, la Fundación Dr. Antonio Esteve ha decidido rendir un home-

naje público a Vladimir de Semir en el marco del Año de la Ciencia 2007, y la publicación de este Cuaderno especial dedicado a un cuarto de siglo de divulgación y periodismo científicos.

Poi Morales

Fundación Dr. Antonio Esteve

(El texto es la transcripción de una larga conversación con Vladimir de Semir)

¹⁶www.pcstacademy.org

¹⁷www.ccde.ird.fr

La tradición divulgativa de *La Vanguardia*

La vocación divulgadora de La Vanguardia ha sido constante desde la aparición del diario el 1 febrero de 1881. Fue notable el caso de José Comas Solá, astrónomo director-fundador del Observatorio Fabra de Barcelona y divulgador de las ciencias que, sin duda influenciado por su homólogo francés Camille Flammarion, se convirtió en referencia obligada cuando se aborda la historia de la divulgación científica catalana y española. Comas Solá escribió artículos de divulgación en La Vanguardia desde 1893 a 1930, que abordó fundamentalmente desde la astronomía, su especialidad científica, y la sismología, pero no dejó de tratar otros muchos aspectos del conocimiento científico con connotaciones sociales, filosóficas y culturales que hicieron de él un auténtico divulgador de las ciencias, integrando la cultura científica en una única cultura.¹

En febrero de 1921 se incorporó a La Vanguardia el químico Miguel Masriera, que realizó una fecunda labor divulgativa hasta el año de su muerte, en 1981. Sin duda, Masriera es una de las grandes referencias de la historia de la divulgación científica española, ya que durante 60 años escribió unos 1200 artículos para La Vanguardia.²

En las páginas de La Vanguardia han coexistido además, como en estos casos de principios de siglo, la divulgación sobre descubrimientos científicos con la especial atención al mundo de la medicina. Durante el siglo XX, el diario fue fiel reflejo de la sociedad de la que emergía y en la que estaba radicado. Al ser Barcelona una ciudad con gran tradición médica³ era casi inevita-

ble que las principales figuras del mundo de la medicina de cada época se asomaran con asiduidad a las páginas de La Vanguardia. Entre los hitos más o menos recientes que cabe destacar figura la creación, en el año 1962, de una página semanal, todos los sábados, con el epígrafe específico de Biología y Medicina, en la que junto a la colaboración fija del profesor Arturo Fernández Cruz –que coordinaba la sección– fueron apareciendo personalidades médicas como Rotés Querol, Sánchez Lucas, Villar Palasí, Xavier Vilanova, Vidal Teixidó, Christian de Nogales, Joan Ibiols, Antoni Puigvert y... Lluís Daufí, quien más tarde tomaría el relevo como responsable de este espacio informativo semanal dedicado a la medicina.

Merece atención especial el artículo que el profesor Fernández Cruz publicó el sábado 7 de abril de 1962 al crear esta sección, «Contribución a una noble empresa cultural», en el cual defendía la necesidad de una divulgación rigurosa y amena de esta temática, que además incitara a los lectores a continuar leyendo libros y formándose para poder entender –culturalmente hablando– el mundo que iba surgiendo a partir de la nueva biología y sus aplicaciones médicas. Esta página semanal se publicó hasta el 23 de junio de 1968, en que Fernández Cruz se trasladó a Madrid, reapareciendo tres años después como La Vanguardia de la Medicina, el 3 de octubre de 1971, coordinada por Lluís Daufí.⁴ Esta sección semanal se mantuvo hasta que en octubre de 1982 se incorporó al proto-suplemento semanal de Ciencia y Medicina de La Vanguardia.

¹ Roca Rosell, A. et al. *Josep Comas i Solà, astrònom i divulgador*. Ajuntament de Barcelona, Barcelona 2004.

² Miguel Masriera, injustamente, no ha merecido todavía mucha atención, pero cabe citar que Cristina de Carlos Muñoz, alumna del Máster de Comunicación Científica de la Universidad Pompeu Fabra de 2006, realizó una primera aproximación en su trabajo de curso "Miguel Masriera, vida y obra del periodista científico", que está depositado en el Observatorio de la Comunicación Científica de la UPF.

³ La guía *Paseos por la Barcelona científica* establece que la profesión que está más representada en el callejero de la ciudad es precisamente la de médico. Véase: Piqueras, M., Duran, X.: *Paseos por la Barcelona científica*, Ayuntamiento de Barcelona, 2002.

⁴ Sobre la historia de la divulgación médica en *La Vanguardia* se puede consultar la tesis doctoral de Antonio Salgado: "Descripción y valoración de la información de un suplemento semanal de medicina y salud de un periódico de Barcelona", Universidad Autónoma de Barcelona, 1992.

Breve historia del periodismo científico

Cuando se aborda la historia del periodismo científico, el periodo comprendido entre las dos guerras mundiales es considerado como el de la emergencia de esta especialidad. En concreto, entre los años 1920 y 1930 aparece la figura profesional del periodista científico en prácticamente todos los grandes rotativos norteamericanos. El profesor George R. Ehrhardt, de la Duke University, cita a Alva Johnston como el primer reportero científico en plantilla en The New York Times que fue galardonado con un premio Pulitzer en 1923 por la cobertura informativa de la reunión de la American Association for the Advancement of Science, en Boston, conferencia que se convierte en la primera que merece una rigurosa y seria atención informativa con un específico esfuerzo por interpretar la importancia que tenía su contenido para el público. La consolidación definitiva del periodismo científico se produce tras la II Guerra Mundial, en plena guerra fría entre los dos grandes bloques y con la carrera espacial como campo de batalla comunicativa entre norteamericanos y soviéticos. John N. Wilford, uno de los periodistas fundadores del Science Times, lo explica con claridad cuando afirma: «Yo soy periodista científico gracias al Sputnik». ¹ El hecho es que tras la repercusión de las bombas atómicas (1945) y la conquista espacial por el primer satélite artificial (1957), hasta la llegada a la Luna (1969), la rivalidad económica y tecnológica de Estados Unidos y la Unión Soviética se dirime en buena parte en el mundo de la comunicación pública de las ciencias y de las tecnologías, consolidándose el periodismo científico como una de las herramientas para explicar al mundo lo que está pasando con la carrera tecnológica por demostrar cuál de los dos modelos político-económicos es el más eficiente.

En este contexto y con estos precedentes surge la primera sección de ciencia de la historia contemporánea. Tal como explica Edwin

Diamond, uno de los biógrafos de The New York Times, ² entre 1970 y 1975 el diario neoyorkino sufrió una severa disminución de su circulación y una notable reducción de sus inserciones publicitarias. La crisis estaba planteada –por múltiples razones, competencia de otros medios escritos y sobre todo de la televisión, entre otras– y la primacía del Times estaba en peligro si no se conseguía reconducir la situación. El editor Arthur Ochs Sulzberger, el director Abraham Michael Rosenthal y el director comercial Walter E. Mattson fueron los artífices de que el Times recuperara 100.000 ejemplares de circulación entre 1976 y 1982, y otra cifra semejante hasta 1986, situándose el diario por encima del millón de ejemplares a partir de ese año, cuando en sólo un semestre de 1971 había llegado a perder 31.000 ejemplares y se había situado en 814.000.

Entre las muchas iniciativas empresariales que se tomaron figuró una decisiva para la consolidación del periodismo científico. Una de las claves del éxito fue la decisión de incorporar suplementos temáticos semanales para aumentar el interés informativo de lectores potenciales, establecer nuevos puentes de fidelización entre el público y también abrir nuevos mercados publicitarios. Entre ellos, todos los martes una sección semanal dedicada a las ciencias, no sin una gran discusión interna entre sus partidarios –muy especialmente del director, personalmente muy interesado por los avances científicos y tecnológicos– y el sector comercial que apostaba por un suplemento de moda, que según su opinión tendría mayor incidencia publicitaria. Finalmente, así nació Science Times el 14 de noviembre de 1978.

La idea de crear secciones temáticas rotatorias a lo largo de la semana no era nueva. Julius Ochs Adler, un sobrino del “fundador” Adolph Ochs Sulzberger, que trabajaba en el departamento comercial, se anticipó a las ideas de los años 1970 en una memoria-propuesta que pre-

¹ Wilford, John N. Homenaje al Science Times en su 25 aniversario. *Quark* 34 - Barcelona, octubre 2004. www.prbb.org/quark/34/default.htm

² Capítulo 5 de *Behind The Times: Inside The New York Times*. Villard Books, Nueva York, 1994.

sentó al editor el 31 de diciembre de... ¡1924! En este documento proponía un suplemento de Economía y Finanzas para los lunes, uno de Técnica y Ciencia para los martes, otro de Mujer, otro de Profesiones (abogados, médicos, etc.), otro de Deportes y finalmente uno de Libros para los sábados. Cincuenta años después, los arquitectos del nuevo Times –como los define Edwin Diamond– utilizaron diferentes rúbricas, pero no muy alejadas de aquella antigua y casi visionaria propuesta, con la única realmente revolucionaria propuesta de un suplemento de Fin de Semana, cuando la cultura del ocio ya estaba instaurada en nuestra sociedad, pero que era impensable en los años veinte. Adler proponía incluso auténticas revistas de 16 páginas que no formaran parte del cuerpo del diario, pero insertas en él (tal como

hizo Milton Glaser muchos años después con la propuesta de Ciencia y Tecnología de La Vanguardia). Rosenthal, en la década de 1970, decidió llamarles “daily magazines”, pero en forma de páginas incorporadas con epígrafe individualizado en el conjunto del diario. Los argumentos que se daban en los años 1920 fueron prácticamente los mismos que los de los 1970: «Los cambios que se producen en la sociedad con un mayor nivel económico e intelectual del público implican una actualización del diario»; «temas que interesan a los ciudadanos o afectan a sus vidas cotidianas»; «oferta diferenciada amena, pero rigurosa, para lectores más preparados»; «la existencia demográfica y social de más jóvenes, más mujeres, más profesionales, más estudiantes y campus universitarios en cada área».